

Atrapar el instante huidizo

Mussolini: entre la sangre y las llamas

El gitano de la política:

Quien está fuera del fascismo, o es un enemigo o es un muerto

Escuadrismo – Nazismo -Bolchevismo

Lorenzo León Díez*

El fascismo y la marcha sobre Roma

El nacimiento de un régimen

Emilio Gentile

Ensayo histórico

Edhasa

2015

El nacimiento del fascismo lo podemos localizar en Italia en el “bienio rojo” (1919-1921), cuando al fracasar la revolución marxista, comienzan emerger las complejas fuerzas sociales que encontrarían su expresión individual en un rostro: Benito Mussolini (1883-1945) del que un joven Hitler (1889-1945) aprendió la técnica política que lo llevaría a él, a su vez, al poder en Alemania.

La revolución bolchevique de 1917 en Rusia tuvo una resonancia en las masas de trabajadores y ciudadanos en todos los países de Europa, pero ningún partido socialista alcanzó el poder.

El llamamiento a la revolución mundial de Lenin al llegar a la Estación Finlandia, no tuvo el efecto esperado, no obstante la revolución marxista estaba madura en países como Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, entre las economías y culturas mayores del continente occidental.

Sin embargo “el instante huidizo” (concepto del teórico y periodista Benito Mussolini) no fue “atrapado” por ningún partido fundado en las ideas comunistas de Marx y Engels y en la inspiración y el mito de la revolución bolchevique.

“El instante huidizo” es un concepto de raigambre leninista. Fue enunciado el 10 de octubre de 1917 por Lenin en una reunión secreta del comité central del partido bolchevique, cuando sostuvo la necesidad de la insurrección. Trotski estuvo de acuerdo: “Era ahora o nunca”.

Mussolini, que participó en el bienio rojo desde las huestes socialistas, se percató completamente de este “ahora o nunca”: *“El instante huidizo que los socialistas no supieron atrapar ahora está en las manos del fascismo, nosotros, hombres de acción, no lo dejaremos escapar, y marcharemos (sobre Roma)”*.

Si bien es cierto que el fascismo italiano y el alemán no se pueden poner en el mismo saco, como dijo Trotski, con el fascismo soviético (a partir del terrores de 1924), es muy ilustrativo describir la técnica político militar de los movimientos sociales organizados en partidos socialistas y en el “escuadrismo” mussoliano.

Las revoluciones europeas -donde se debatía el democratismo liberal y parlamentario en simultáneo al movimiento de huelgas, motines y enfrentamientos entre fuerzas comunistas y fascistas- es un espectáculo que no terminamos aún de comprender en su cabalidad, si bien tenemos obras tan definitivas como la de Elías Canneti, *Masa y Poder*.

Las imágenes fotográficas y fílmicas y los archivos hemerográficos de la época, son materiales que inspiran a los cineastas, a los historiadores, a los novelistas...y lamentablemente a los movimientos contemporáneos de supramacistas y neonazis de Europa y Estados Unidos.

Por eso es útil escuchar cual fue la potencia de una retórica que expresan los escritores y oradores, grandes estilistas del fascismo, Mussolini al frente, pero también otros dirigentes como Grandi y De Vecchi, cuyas voces se pronuncian en entarimados (físicos y periodísticos) y podemos contemplar en su potente y aciaga naturaleza.

Escena 1

Mussolini está casi siempre acompañado por sus secuaces, por mutilados, por militares de todas las armas, por oficiales y arditi, los cuales constantemente amenazan, puñales en mano, a todos aquellos que consideran enemigos internos de la patria.

Habla Mussolini:

“La del fascismo debía ser la violencia de un ejército en guerra, debía ser quirúrgica y caballeresca. La violencia esporádica, individual, ininteligente, no controlada, debe terminar, perentoriamente. En definitiva, la violencia fascista debe ser colectiva; esto es, de escuadras, de cohortes, de legiones, de masas, ya que sólo así plasmada alcanza sus objetivos y no superar ciertos límites”.

De Vecchi:

“La violencia es la fuerza y porque fuerza necesita el reblandecido Estado democrático. Al violar la ley formal y escrita para seguir las vías de la moral y del honor, el fascismo avanza triunfante por su vía, creando los cimientos de la Italia imperial, obra titánica, con la tenacidad de otros soldados, los legionarios romanos, que prefieren inmolarse a sí mismos en una gran pira antes que vivir como los democráticos en una “Italieta” contaminada, pútrida, senil, piojosa, patria de pusilánimes y eunucos pacifistas aun a expensas de su honor, que balan de humanidad por cobardía en un mundo de lobos”.

Gradi:

“Hoy en día las jerarquías políticas de nuestro partido ya no existen. En ese momento somos un ejército en el cual hay quien da las órdenes y ante quien nosotros tenemos sólo un deber: obedecer”.

Estos líderes -el italiano y el alemán, Hitler y Mussolini-, comparten una experiencia de guerra, ambos participaron en las trincheras en los frentes de la Primera Guerra Mundial, fueron heridos y reconocidos por sus acciones heroicas; el mismo rey, como lo muestra la escena de la película *Vincere*, de Marco Bellocchio, visita a Mussolini en su postración hospitalaria.

Ambos, Mussolini y Hitler, pertenecían a la “trincherocracia”, los miles de hombres que asesinaron y salieron con vida entre miles de compañeros, a su vez, asesinados. Por eso escribirá Musolini: *“El fascismo no es una reunión de políticos, sino de guerreros”.*

Un partido milicia, un partido de masas militarmente organizado era un fenómeno nuevo en la historia de las democracias parlamentarias.

El partido comunista de Lenin, Trotsky y Stalin no se había creado con base en escuadras armadas, sino en “células” de aprendizaje (del evangelio marxista), debate de argumentos eruditos, y acciones de organización en la creación de sindicatos, mutualidades, cooperativas, redacciones periodísticas e imprentas, movilizaciones laborales, y acciones, en efecto, violentas o criminales, asalto de bancos por ejemplo, atentados a adversarios, a cargo del capo ya desde entonces temible: Stalin.

Pero no es sino hasta 1920, en Italia, que nace un partido declaradamente violento e ilegal. *En 1920 el comité central de los fasci combattimento, organización de derecha a la que se afilió Mussolini, dio nuevas directivas para a la formación de escuadras: “Con las mismas fuerzas fascistas créese escuadras de 12 hombres bajo el mando de un oficial movilizado o no”. A mediados de 1920 las escuadras fascistas empezaron a destruir las organizaciones socialistas y proletarias.*

Fue un embate sorpresivo y de gran agresividad que obligó a los comunistas, a su vez, a crear *en varias ciudades una organización ilegal de escuadras armadas para defender las sedes del partido comunista y proteger sus expresiones, pero también para efectuar represalias contra los fascistas.*

Los escuadristas inventaron emblemas, ritos y símbolos que se volvieron parte integrante del estilo fascista, exhibidos en las manifestaciones escuadristas, en los desfiles y, sobre todo, en los funerales de los fascistas asesinados: “Los gallardetes al viento, las camisas negras, los yelmos, los himnos, los alalá (gritos belicosos, de cuño danzuniano), el saludo romano, el llamamiento que pasaba revista a los muertos, las consagraciones, los juramentos solemnes, los desfiles a paso militar y todo ese conjunto de ritos que hacen sacudir la cabeza al hombre “superior” de la vieja burguesía, están allí presentes para demostrar una poderosa resurrección de los instintos originarios de la stirpe.

Fueron arrasados los círculos, las Cámaras de Trabajo, las casas del Pueblo, las cooperativas y las residencias de socialistas y comunistas en numerosos distritos.

Estas acciones provocaron pocos años después, que las masas de trabajadores fluyeran a los sindicatos fascistas porque los escuadristas habían destruido las organizaciones, pero nada garantizaba que habrían permanecido si el fascismo no les hubiese asegurado trabajo.

*Un autor (Salvatorelli), definió certeramente lo que sucedía: *Todo esto era “un bolchevismo reaccionario, peligro infinitamente más real, hoy en día, que el bolchevismo comunista”.**

En efecto, la consecuencia fue que el enorme edificio socialista, construido en treinta años de luchas y organización, turbulentamente copioso de masas de trabajadores durante el “bienio rojo”, se redujo a ruinas en pocos meses de la ofensiva escuadrista.

La técnica político militar

*La técnica político-militar del fascismo consistía en un comando general que designaba la dirección del partido, este organismo nombraba a *a doce inspectores generales de zona, que debían ser confirmados por la dirección. Los inspectores tenían funciones de mando sobre todas las legiones incluidas en su jurisdicción y a ellos competía proponer al comando general, de acuerdo con la federación provincial, la nómina de los comandantes de legión. Después seguían, en la escala jerárquica, los comandantes de cohorte, nombrados por los inspectores de zona a propuesta de los comandantes de legión, siempre de acuerdo con la federación provincial; luego los comandantes de centuria, de manípulo y de escuadra, nombrados por el comandante de la legión, a propuesta de los comandantes de cohorte y de acuerdo con los directores de los fasci, quienes los elegían. En la escala jerárquica, con el grado militar se equiparaba un grado político.**

Mussolini era el jefe de bandas armadas, un ejército de conquista que asaltaba y ocupaba ciudades, destruía a las organizaciones adversarias, imponía la renuncia a consejos comunales y provinciales democráticamente elegidos, perseguía y proscribía de sus ciudades a parlamentarios e integrantes del gobierno, burlaba y chantajeaba incluso al jefe del Estado, planteándose como alternativa la entrega del poder al duce del partido armado o bien el final violento de la monarquía.

La fuerza del fascismo se decidiría con relativa prontitud, lo mismo como sería más tarde en Alemania el nazismo con Hitler, nombrado canciller. Mussolini convocó una “Marcha sobre Roma” que inmovilizó completamente al gobierno y quebró el Estado legal.

La quiebra del Estado

No reaccionar sobre la “Marcha sobre Roma”, tuvo el “motivo más valedero, más fuerte, más persuasivo que aconsejó (al gobierno) “evitar derramamiento de sangre, dadas las noticias de las provincias que ya estaban en manos de los fascistas y la imposibilidad de impedir la ocupación de Roma. En las tropas y aun en las Guardias Regales había muchos elementos filofascistas. Las autoridades aseguraban que los fascistas armados llegados a Roma eran más de cien mil.

Fue un acontecimiento nodal en la historia de Italia y el mundo, pues ya estaba plenamente en el escenario el perfil que definirá la Segunda Guerra Mundial: ambos líderes, Mussolini y Hitler mueren el mismo año: 1945, uno linchado en la plaza pública, el otro suicidado en Berlín a la entrada del Ejército Rojo.

Mussolini, la *crepa pelada*, como Hitler, el Fuhrer, no eran solamente teóricos políticos y escritores, sino performer. En ese tiempo este concepto del arte escénico no existía. Ellos no eran solamente oradores, como Trotski o Lenin (muy menor Lenin, que no entusiasmaba), sino grandes expresivos corporales. No es posible desvincular su talento histriónico de su escritura teórica y su dirección total en la administración del activismo político y militar.

Alguien podría decir que son grandes payasos, mímicos de fuerza volcánica que hacían exclamar de entusiasmo a pensadores como Heidegger: “Sus manos, sus manos”, describe a Hitler en sus discursos.

Las manos de Hitler

Un pensador alemán –que comentaremos en próximos números de Ciclo-, Siegfried Kracauer, ha hecho una analogía entre la narrativa cinematográfica y la historiografía. (*Historia*. Las cuarenta. 2010. Buenos Aires). Lo que dice respecto a las manos de Mae Marsh, en la película *Intolerancia*, de Griffith, es aplicable a la visión de las manos de Hitler que tanto hipnotizaban. “No son parte integral de la narración, sino que revelan nuevos aspectos de la realidad física. Es seguro que algo extraño habrá de sucedernos: nos olvidaremos de que son solo manos vulgares y corrientes. Aisladas del resto del cuerpo y enormemente ampliadas (en primer plano), estas manos que conocemos se trocarán en organismos desconocidos, vibrantes de vida propia”.

En la película de Bellocchio se muestran tomas de Mussolini dirigiéndose a la masa. ¿No se deberá a la inabarcable personalidad del hombre la absolución plástica que se ha hecho de su figura en la historia de la cinematografía? (Ver el artículo siguiente de Raciél Martínez).

La capacidad histriónica de ambos personajes (Hitler y mussolini) no se han vinculado completamente a su perspectiva teórica y a su omnipresencia en la administración

totalitaria del estado fascista. ¿Podría un político tradicional haber abarcado tanto poder? Sin duda, No. No son actores sin embargo, no hay un guión aprendido, no son ventrilocos, son performer que es el artista que vive su cuerpo como una nueva realidad física.

En los rostros y cuerpos de estos dos líderes millones de hombres y mujeres encontraban su propio rostro porque se ejecutaba una lectura corporal y una percepción auditiva envolvente, (sin la radio, reconoció Hitler, no habría hecho lo que logró). Quizá tampoco sin el cine.

Las llamas de sus palabras animaban en el exterior y en el interior, en la sociedad y en la intimidad, flamas desastrosas, como las que surgían de los espectadores medievales en la plaza pública durante las ejecuciones y mutilaciones en la práctica penal.

Mussolini tenía 39 años cuando asumió la *dictadura legalizada*. *Era diputado desde tan solo un año, sin experiencia alguna, siquiera mínima, de gobierno y administración de la cosa pública, un exsocialista revolucionario ferozmente antimonárquico.*

Hasta ocho años antes, Mussolini había sido director del órgano oficial de un partido socialista revolucionario, con voluntad de derribar mediante la violencia al estado monárquico y a la burguesía. Y tan sólo dos años antes de ascender al poder se definía él mismo como un gitano de la política, jefe de un movimiento insignificante con menos de mil afiliados. Después, en apenas dos años, se había visto en el ropaje de duce (jefe supremo) de un partido milicia, que por medio de la violencia había conquistado un dominio indisputado en muchas regiones, y al llevar a cabo una insurrección había pretendido y obtenido del rey de un estado constitucional y parlamentario la misión de formar un nuevo gobierno.

Este “instante huidizo” tuvo lugar durante 20 días de octubre de 1923, desde que Mussolini decide marchar sobre Roma y coronar su gesta. Un compañero (Cesare Rosi) escribe: “Durante estos veinte días Mussolini fue en verdad grandioso en el arte de mover hilos. Para expresarlo de modo vulgar: los jodió a todos”.

La negativa del gobierno a firmar el decreto del estado de sitio, mientras estaba en marcha la insurrección, permitió al partido fascista capturar el instante huidizo para conquistar el poder central, sin tener que ceder cosa alguna del poder local ya conquistado, y tampoco desistir de sus pretensiones y ambiciones del Estado en potencia que desafiaba y chantajeaba a un Estado impotente, que había renunciado a usar su fuerza legal para reprimir una fuerza ilegal de un ejército de partido, dejando al duce del partido armado la prerrogativa de dictar las condiciones para su ascenso al poder.

El duce cruzado de brazos, reluciendo su gran *crepa pelada*, sin sonreír realmente, pues en todo momento el performer no pierde la concentración de su talante guerrero, alerta, agresivo, contempla *un espectacular desfile que duró cinco horas; los fascistas celebran así la llegada de su duce al gobierno.*

Hitler había seguido con mucha atención los acontecimientos italianos; para conocer mejor el fascismo, antes de la “Marcha sobre Roma” había intentado establecer algún

contacto con Mussolini, enviando a Italia un emisario propio, Karl Ludke, quien se encontró con Mussolini en Milán pero constató que “nunca había oído hablar de Hitler”.

Un sagaz observador (el embajador inglés Richard Graham) escribió:

“Ha sido una contrarrevolución nacional, antes que nacionalista, porque de por sí había habido una revolución comunista latente en el bienio 1920-1921 seguida por un periodo de desarticulación política. Ha sido una insurrección contra los titulares del poder porque quienes lo poseían no lo ejercían y no lo defendían. Ha sido una reacción contra los viejos partidos políticos porque estaban decrépitos y sus rivalidades volvían impotentes las coaliciones ministeriales de sus representantes en el gobierno. En estas coaliciones no participaba el partido socialista oficial, desorganizado y dividido. Por lo demás, las masas obreras compartían la desconfianza que los métodos de gobierno de los viejos partidos habían suscitado en todas las capas de la población. Por eso todos permanecieron impasibles, y no se ha opuesto ninguna resistencia popular —ni popular ni proletaria ni burguesa—, no se ha hecho ninguna tentativa de oposición contra el asalto y la escalada de Mussolini al poder”.

Se trató de un acontecimiento sorpresivo. Los que lo veían venir, que eran pocos, descontaban que durase el fascismo en el poder.

En el momento en que los fascistas se instalaban, varios dirigentes del partido socialista maximalista y del partido comunista estaban en Moscú para participar en el IV Congreso de la Tercera Internacional, convencidos de que nada realmente grave sucedía en Italia.

El presidente del comité ejecutivo de la Tercera Internacional, Grigori Zinóviev, sostuvo en su mensaje a los trabajadores italianos, que desde el punto de vista histórico el ascenso del fascismo al poder era “una comedia. Dentro de algunos meses la situación hará avances en pro de la clase obrera; de momento es un golpe de Estado serio, una verdadera contrarrevolución”.

Es importante no perder de vista que en todo momento, desde 1917, un fantasma recorre el mundo, el fantasma del bolchevismo, *que aspiraba a la dictadura: era la lisa y llana negación de la idea democrática. Pero el bolchevismo llegó a su ocaso, las multitudes proletarias fueron derrotadas una vez más, y comenzó en Italia un nuevo periodo de vida política: el periodo antidemocrático, socialista, expropiador, se volvió voluntaria y deliberadamente antidemocrático, nacionalista, imperialista, güelfo, dictatorial.*

Aun los revolucionarios que en algunos casos estaban provistos de programa, después de conquistar el poder, debieron dejarlo de lado o adaptarlo a las situaciones nuevas, como le sucedió a Lenin y a su proyecto teórico de nuevo régimen elaborado en El Estado y la Revolución, antes de la revolución de octubre. La discordancia entre el proyecto teórico de Lenin y la realidad del régimen bolchevique tal como se construyó después de la revolución de octubre fue tajante y absoluta.

En cambio, en el caso del fascismo se puede constatar una mayor concordancia entre los rasgos generales del Estado fascista, antiliberal y antidemocrático, delineados por

Mussolini antes de la “Marcha sobre Roma”, y los rasgos concretos originarios, que configuraron la realidad del nuevo régimen fascista.

Un periódico lo definía: *“Ni siquiera puede afirmarse que el fascismo es un partido, sino más exactamente que es un Estado nacional en formación”*. Y otro: *“El Estado fascista no tolera enemigos; los combate y los destruye. Es la característica principal del fascismo”*.

“Sólo el fascismo, con su milicia, representa a Italia entera. Quien está fuera, o es un enemigo o un muerto”.

Con todo, el fascismo no se inspiró en el modelo de la dictadura bolchevique para construir su régimen, que fue consecuencia de la aplicación, en la dimensión gubernamental y estatal, del método usado por el partido fascista durante los dos años previos para imponer su propio dominio a escala local. Todo lo contrario: la experiencia bolchevique –que acumulaba años de despiadada guerra civil, desastre económico, devastación social y lenta y laboriosa reconstrucción del Estado con criterios más realistas- enseñó al fascismo a tomar otra senda, a adoptar otro método, para consolidar y monopolizar el poder conquistado, evitando el riesgo de consecuencias desastrosas semejantes a las provocadas por la revolución bolchevique, que llevaría al fascismo a la derrota.

Un comentarista señala: *“Fascismo y comunismo, más bien bolchevismo, son dos aspectos, en diferentes ámbitos políticos y sociales, de una misma mentalidad, de un mismo método, de una misma utopía política. No existen problemas de derecho, sino sólo de fuerzas”*.

Los tres tipos de fascismo

A la distancia que permite un siglo del nacimiento del fascismo, se pueden identificar plenamente estos tres tipos: el italiano, el alemán y el ruso: escuadrismo, nazismo y bolchevismo. Las diferencias básicas son en el régimen de propiedad privada, en la industria nacionalizada –para el caso soviético- y la agricultura, colectivizada, también.

En lo que respecta a la estructura administrativa, política y militar de los tres fascismos, comparten la misma “mentalidad y métodos”.

Trotsky, que había ayudado a crear el bolchevismo, se vio al final de su vida, en la torturante disyuntiva de una definición teórica del fascismo soviético, intentar una difícil separación entre estas expresiones sociales que llevaban a la Segunda Guerra Mundial, que él anunció en su escritura profetizante.

Su trabajo en la creación de una posición marxista en tan contradictoria realidad, lo llevó a fundar una, más bien simbólica, Cuarta Internacional, que tiene el mérito de alzarse como atalaya en el ánimo casi sobrenatural de Trotsky para comprender la historia a tiempo que actuar en ella.

El pensamiento y acción de estos hombres: Lenin, Trotsky, Stalin, Mussolini y Hitler, siguen estando allí como emblemas enigmáticos y protagonistas de una narración épica del siglo XX.

*Académico del Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes. Universidad Veracruzana.